



“Historia social y cultural de la guerra y de las fuerzas armadas”

Rodrigo Moreno Gutiérrez

p. 311-334

*Enfoques y perspectivas
para la historia de Nueva España*

María del Pilar Martínez López-Cano (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

(Teoría e Historia de la Historiografía 15)

Primera edición impresa: 2021

Primera edición electrónica en PDF con ISBN: 2022

ISBN de PDF: [en trámite]

<https://ru.historicas.unam.mx>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0
Internacional

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

©2022: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en:

<https://ru.historicas.unam.mx/page/terminosuso>

Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

HISTORIA SOCIAL Y CULTURAL DE LA GUERRA Y DE LAS FUERZAS ARMADAS*

RODRIGO MORENO GUTIÉRREZ

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

Este texto busca recuperar las preocupaciones centrales, los planteamientos básicos, las propuestas metodológicas y las perspectivas de análisis de lo que en conjunto podría denominarse historia social y cultural de la guerra y de las fuerzas armadas. Todo ello con la finalidad de evaluar historiográficamente sus avances y sus posibilidades de desarrollo en el estudio de problemas históricos relacionados con el mundo novohispano e incluso su tránsito al orden del estado nacional. En ese sentido también se busca hacer visible una serie de fenómenos vinculados a la guerra como condición y a las fuerzas armadas como laboratorio de estudio.

Conviene, al efecto, partir de dos consideraciones generales. La primera es que si bien podemos entender que la guerra consiste en toda violencia organizada y perpetrada con fines políticos, resulta analíticamente enriquecedor asumirla también como el determinado estado de una sociedad. Es decir, como el conjunto de experiencias radicalmente transformadoras de individuos y comunidades, como un proceso imprevisible y caótico que define identidades y produce nuevas formas de vida en común, y como el ámbito creador de una cultura particular signada por distintos tipos de relación entre los miembros de una comunidad (hombres, mujeres, niños). Por su dinámica social, la guerra genera un antes y un después. Así,

* Este trabajo concentra buena parte de las lecturas y reflexiones generadas en el seminario Historia social de la guerra que tuve el gusto de impartir en el Posgrado en Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México en el 2019. Agradezco y dedico el texto a los alumnos que lo integraron.

al contrario de lo que parecieran asumir ciertas narrativas, la guerra no es ni un epifenómeno ni un accidente histórico.¹

Queda claro a través de distintas tradiciones historiográficas, que hay una relación directa entre la guerra y el proceso de construcción estatal: el estado hace la guerra y la guerra hace al estado.² Dicha consideración es de suma importancia para la época que estamos abordando pues cuando menos hasta finales del siglo XVIII la guerra fue la razón de ser de los estados (los imperios, las monarquías): su autoridad, parte de su legitimidad, su aparato fiscal y su organización administrativa, su burocracia, sus sistemas de control y sus oportunidades de negocio se desarrollaron primordialmente en función de la guerra. Como lo ha desarrollado con suficiencia la historiografía del estado fiscal-militar: antes del surgimiento de los estados nacionales (e incluso en las primeras etapas de consolidación de éstos) no es exagerado entender al estado como un aparato fiscal cuya vocación central consistió en recaudar impuestos y canalizarlos para el sostenimiento de la guerra. En esa medida la fuerza y la eficacia de un estado puede ser ponderada precisamente en su capacidad para movilizar recursos económicos y humanos para la guerra. Evadir o ignorar dicha realidad histórica podría producir miradas anacrónicas o descontextualizadas.

La segunda consideración tiene que ver con la obviedad de que la guerra requiere fuerzas armadas y éstas una administración con capacidad coercitiva. La propuesta de las siguientes líneas consiste en superar la visión de los ejércitos y las diversas fuerzas armadas como instrumentos colectivos (gloriosos o traidores) de los grandes “señores de la guerra” o cifras anónimas que van y vienen en los relatos con forma de accesorios del triunfo o de la derrota de

¹ Antoine Bousquet, “War” en *Concepts in World Politics*, Felix Berenskoetter (ed.), Londres, Sage Publications, 2016, p. 91-106; Clément Thibaud, “Formas de guerra y mutación del ejército durante la guerra de la independencia en Colombia y Venezuela”, en *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, Jaime E. Rodríguez O. (coord.), Madrid, Mapfre Tavera, 2005, p. 339-364; Alejandro Martín Rabinovich, *La société guerrière. Pratiques, discours et valeurs militaires dans le Rio de la Plata. 1806-1852*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2013, p. 9-13.

² Pueden referirse al respecto los trabajos clásicos de Charles Tilly, en particular *Coerción, capital y los estados europeos 900-1990*, Eva Rodríguez Halfter (trad.), Madrid, Alianza, 1992.

causas que las trascienden para, en cambio, considerarlas como ventanas o laboratorios de las sociedades que las producen. Para ello es fundamental incorporar en su análisis las variables y las preguntas con que evaluamos los cambios y los problemas en una sociedad en general con la finalidad de mostrar la riqueza histórica y la complejidad social del universo armado y sus relaciones siempre dinámicas con las comunidades con que interactúan y con los aparatos estatales que las sustentan, no como estructuras ajenas a aquellas o apéndices de estos.

Bajo dichos supuestos, las siguientes reflexiones están divididas en dos apartados: el primero ofrece una síntesis historiográfica del surgimiento, desarrollo e intenciones de la historia social de la guerra y sus ramificaciones; mientras que el segundo resume en cinco grandes temas una suerte de estado de la cuestión sobre lo que se ha hecho desde estas perspectivas o en relación con ellas para el estudio de la Nueva España en particular y el mundo hispánico en general. Cabe aclarar que, por mi área de especialización, el diagnóstico y las propuestas se han nutrido primordial aunque no exclusivamente de la prolífica historiografía relacionada con la segunda mitad del siglo XVIII y con los procesos revolucionarios independentistas de las primeras tres décadas del XIX.

HISTORIOGRAFÍA DE LA HISTORIA SOCIAL Y CULTURAL DE LA GUERRA

Entre el final de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra de Vietnam fue visible la renovación de la historiografía militar al menos en los ámbitos británico, norteamericano, francés y alemán. Bautizada posteriormente con las vagas denominaciones de “nueva historia militar” o “estudios de guerra y sociedad” y dotada de evidentes impulsos pacifistas, tal renovación buscó reinsertar la historia militar en el medio académico y en las universidades, dado que en aquel entonces ésta se había cultivado fundamental, aunque no exclusivamente, por manos militares en vertientes como la narrativa político operacional, la narrativa de combate o la tratadística

técnica. El intento de recuperación académica partió precisamente de la necesidad por trascender la llamada historia-batalla para, en cambio, analizar la organización militar en su diversidad intrínseca y en relación con la sociedad. En cierto sentido, se trató de una suerte de reacción contra la impronta teleológica de la historia militar, casi siempre construida en función de un sentido histórico bien definido (civilización, progreso, liberalismo, democracia, etcétera). Por extensión, la vuelta académica a estos temas pretendió acercamientos a la guerra y a las fuerzas armadas sin los condicionamientos de la tecnología militar y en función, más bien, de las organizaciones sociales y de los sistemas de poder.³ En palabras de Kühne y Ziemann, la historia militar que podía definirse como la historia del poder armado y de sus estructuras y sus efectos, no contaba en realidad ni con las intenciones ni con los instrumentos para describir y analizar dichas estructuras y dichos efectos;⁴ a la discusión de esas intenciones y al diseño de esos instrumentos respondieron estos nuevos impulsos investigativos.

En permanente diálogo con la antropología, la psicología social (tan atenta a los fenómenos individuales y colectivos propiciados por la Segunda Guerra y por la Guerra de Vietnam), la sociología histórica y la naciente polemología o sociología de guerra acuñada por Gaston Bouthoul, esta renovación temática y metodológica de la que venimos hablando se vinculó ya en el terreno propiamente historiográfico a las inquietudes y las herramientas de la historia política, la historia de género, la historia de la vida cotidiana, la

³ Entre muchos balances y caracterizaciones de esta renovación pueden consultarse Cristina Borreguero Beltrán, “La historia militar en el contexto de las nuevas corrientes historiográficas. Una aproximación”, *Manuscripts. Revista d’Història Moderna*, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona, v. 34, 2016, p. 145-176; Enrique Martínez Ruiz y Magdalena de P. Pi Corrales, “La investigación en la Historia Militar Moderna: realidades y perspectivas”, *Revista de Historia Militar*, Instituto de Historia y Cultura Militar, Madrid, número extraordinario, 2002, p. 123-170; Jeremy Black, *Rethinking Military History*, Londres, Routledge, 2004; Wayne E. Lee, “Mind and Matter-Cultural Analysis in American Military History: A Look at the State of the Field”, *The Journal of American History*, Oxford University Press, Oxford, v. 93, n. 4, marzo de 2007, p. 1116-1142.

⁴ Thomas Kühne y Benjamin Ziemann, “La renovación de la Historia Militar. Coyunturas, interpretaciones, conceptos”, *Sémata, Ciências Sociais e Humanidades*, Faculdade de Xeografía e Historia, Universidade de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, v. 19, 2007, p. 336-337.

historia de los llamados grupos subalternos, pero sobre todo a la historia social y a su afán por echar a andar lo que en su momento se concibió como una historia “desde abajo”.

Vista hoy, esta confluencia de inquietudes es producto, entre otros efectos positivos, de la multiplicación de las perspectivas para el estudio de la guerra. No únicamente —como se había hecho mayoritariamente hasta entonces— desde la óptica y la documentación de los gobiernos y los jefes y oficiales de los ejércitos, que permitía exponer aspectos relacionados con la estrategia, la táctica o la tecnología; sino también desde la visión de los soldados (sus motivaciones, expectativas, esperanzas y miedos); e incluso desde el foco de los que podríamos llamar “civiles”, para dar luz a los impactos y las consecuencias de las conflagraciones en todos los ámbitos de la vida social. Por su parte, las estructuras militares dejaron de ser consideradas (analítica y narrativamente) como ajenas a la sociedad y comenzaron a estudiarse como parte de ésta, y en contextos que no necesariamente tenían que ser de guerra. Para uno de sus protagonistas, André Corvisier, esta regeneración se hizo patente en los congresos internacionales de historia militar “Vida y psicología de los hombres militares de todos los rangos y partidos” (Moscú, 1970) y “Reclutamiento, mentalidad, sociedad” (Montpellier, 1974), ambos rótulos suficientemente elocuentes del cambio.⁵

Ese fue el contexto en el que vio la luz el hoy clásico *Rostro de la batalla* (1976) de John Keegan que popularizó, a través del estudio de tres célebres combates en épocas muy distintas (Agincourt, Waterloo y el Somme), las actitudes, las sensaciones, los valores y las motivaciones de los soldados comunes.⁶ Keegan reveló e historió el miedo, el ruido, la violencia y la confusión a ras de suelo. De la mano de autores como Christopher Duffy, Geoffrey Best o Alan Forrest, esta renovación historiográfica problematizó las complejas relaciones entre fuerzas armadas y sociedad.⁷ Las batallas y las

⁵ André Corvisier, *Armies and Societies in Europe, 1494-1789*, Abigail T. Siddall (trad.), Bloomington, Indiana University Press, 1979, p. VIII.

⁶ John Keegan, *El rostro de la batalla*, Juan Narro Romero (trad.), Madrid, Turner, 2013.

⁷ La producción de dichos autores es ingente, sólo como referencia valga referir de Christopher Duffy, *The Army of Frederick the Great*, Newton Abbot, David & Charles,

campañas fueron vistas como experiencias colectivas que alteraron a la sociedad de muy diversos modos y los ejércitos aparecieron como fascinantes, frágiles y violentos conglomerados humanos —inmersos en extremos problemas de abasto y operatividad— en los que se conjugaban contradictorios intereses, motivaciones y orígenes y en los que se articulaban diversos mecanismos de conscripción y de resistencia.

En ese horizonte, estudiosos como John Lynn abrieron con bisurí social el mundo de la intendencia, la logística y la sanidad de la guerra para examinar las conexiones entre las estructuras estatales y la provisión de las fuerzas armadas.⁸ Desde ahí era posible tejer diálogos sumamente prolíficos con la historiografía del estado fiscal-militar tan atenta a los problemas de la movilización de recursos (humanos, fiscales) para la guerra;⁹ pero también (con un poco más de imaginación) con tendencias como la historia de la alimentación o de los mercados o de los patrones de consumo. En ese rubro no sólo fue posible analizar los vínculos entre los ejércitos y las comunidades, sino la concepción de aquellos como amenazas, plagas o

1974; *The Military Experience in the Age of Reason*, Londres, Routledge, 1987. De Geoffrey Best, *War and Society in Revolutionary Europe 1770-1870*, Leicester, Leicester University Press/Fontana Paperbacks, 1982; *Honour among Men and Nations. Transformations of an Idea*, Toronto, University of Toronto Press, 1982. De Alan Forrest, *Conscripts and Deserters: The Army and French Society during the Revolution and Empire*, Nueva York, Oxford University Press, 1989; *The Soldiers of the French Revolution*, Durham, Duke University Press, 1990; y *Napoleon's Men: The Soldiers of the Revolution and Empire*, Nueva York/Londres, Hambledon Continuum, 2002. Cabe señalar que las obras más recientes de Forrest abordan problemas como la cultura política y la memoria de guerra y tantos otros que se pueden observar, por ejemplo, en la colección *War, Culture and Society, 1750-1850* que coedita desde 2008 para la editorial Palgrave Macmillan junto con Rafe Blaufarb y Karen Hagemann.

⁸ *Feeding Mars. Logistics in Western Warfare from the Middle Ages to the Present*, John Lynn (ed.), Boulder/San Francisco/Oxford, Westview, 1993. Lynn fue pionero en el estudio de las motivaciones de los soldados con *Bayonets of the Republic. Motivation and Tactics in the Army of revolutionary France, 1791-94*, Urbana, University of Illinois Press, 1984; temática que luego ha sido retomada de manera muy atractiva para otros periodos en trabajos como el de Ilya Berkovich, *Motivation in War. The Experience of Common Soldiers in Old-Regime Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017.

⁹ Esta tendencia comenzó con obras como la de John Brewer, *The Sinews of Power. War, Money and the English State, 1688-1783*, Londres, Unwin Hyman, 1989. La discusión que ha generado y los canales que ha abierto puede seguirse por ejemplo en *War, State and Development. Fiscal-Military States in the Eighteenth Century*, Rafael Torres Sánchez (ed.), Pamplona, Universidad de Navarra, 2007.

parásitos de éstas, considerando ciertos contextos de campaña o de acantonamiento.

A veces con lente microhistórico y en otras ocasiones con ambiciones prosopográficas y a partir de la historia de la vida cotidiana (que en el entorno de una guerra poco tiene de ordinaria) los ejércitos y todas las fuerzas de guerra fueron consideradas como espacios de vida colectiva en donde se compartían y construían experiencias concretas. Quizá la relativa prevalencia de ese registro —el de la historia de la vida cotidiana— provocó que desde los años noventa aparecieran voces que reclamaran la profundización de otras de las muchas y hondas implicaciones de los conflictos armados. Buena parte de las respuestas a dichos llamados produjo una suerte de giro cultural en los estudios sobre la guerra. El supuesto de origen de este nuevo viraje (notoriamente antropologista) estribó en considerar a la guerra como expresión de una cultura y como creación cultural, de tal suerte que a partir de ahí habría que analizar entonces a la cultura para entender los condicionamientos de ésta sobre el ejercicio mismo de la guerra y de las fuerzas armadas. En este sentido, se asumió que la guerra era antes que cualquier otra cosa el modo codificado de violencia en que interactúan grupos sociales que atribuyen significados y propósitos culturales a sus conductas y a los canales en que se expresan.¹⁰

Porque en efecto, en su sola práctica, la guerra presupone el entendimiento cultural de determinados usos de la violencia en función de lo que se asume como prohibido o permitido. Es el contexto (histórico y cultural) el que permite identificar qué se considera un acto de fuerza, cuáles son sus motivos y sus objetivos y, en última instancia, la identificación de la posible gama de significados atribuibles. Este conjunto de planteamientos se acerca al culturalismo que impregnó interpretaciones de la acción política popular y de la violencia colectiva y la ideología; como las de Eric Van Young, quien no en vano recuperó en su *Otra rebelión* presupuestos de Paul Vanderwood: “si bien los acontecimientos y condiciones materiales ciertamente tienen lugar, lo que cuenta es cómo los entiende

¹⁰ Bousquet, “War...”, p. 103-104.

la gente. Cómo los entiende la gente depende de su comprensión del mundo tal y como lo conocen, que es la cultura”.¹¹ Como era previsible, estos planteamientos fueron articulando también la necesidad de estudiar los complejos sistemas culturales a partir de lo local para explicar, al final, por qué la gente hacía lo que hacía con la violencia (y no solo).

Otros como Peter Guardino involucraron en la ecuación del estudio de las guerras las variables del género (es decir, las “ideas sobre la masculinidad y la feminidad, y la manera en que los hombres y las mujeres se relacionaban entre sí”), la raza y la religión para identificar patrones sociales y morales de conducta y sociabilidad.¹²

En suma, este giro cultural buscó atender las representaciones simbólicas que una sociedad genera determinada por la experiencia colectiva de la guerra. De ahí que se haya podido hablar, entre otras cosas, de imaginarios, de configuración de identidades colectivas, de opinión pública, de la percepción del otro y de lo que Eduardo González Calleja llamó la “gestión individual y colectiva del sufrimiento, la muerte y el duelo, e incluso su memoria” o la acomodación individual y colectiva ante la violencia de gran intensidad. El mismo González Calleja lo explica con elocuencia y precisión:

En tanto que mezcla de prácticas, experiencias y representaciones forjadas durante un conflicto, la cultura de guerra engloba una amalgama de elementos de muy diverso tipo (organizativos, materiales, psicológicos o discursivos), sobre los medios a través de los cuales los grupos sociales y los individuos dan sentido a la guerra y adaptan sus vidas y su lenguaje a la situación extrema que ésta crea. La historia cultural de la guerra es, en buena medida, la historia de las reacciones íntimas (representaciones, sentimientos, emociones...) de los hombres ante la experiencia más intensa que puede sufrir una colectividad humana. Ello permite extraer lo que hay de comunidad

¹¹ Eric Van Young, *La otra rebelión. La lucha por la independenciade México. 1810-1821*, Rossana Reyes Vega (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 78.

¹² Peter Guardino, *La marcha fúnebre. Una historia de la guerra entre México y Estados Unidos*, Mario Zamudio Vega (trad.), México, Universidad Nacional Autónoma de México/Grano de Sal, 2018, p. 36.

de destino (basada, por ejemplo, en la heroización de los combatientes, la demonización del enemigo, la sacralización de la fe patriótica y la adhesión a valores colectivos como el nacionalismo, la defensa del hogar o la camaradería de las trincheras) y de “civilización de guerra” en una época determinada por encima de las diferencias geográficas, sociales o nacionales, y también lleva a determinar la existencia de subculturas de guerra que se van forjando en función de la experiencia particular o de los pequeños grupos. Todo esto implica, en definitiva, aceptar la provocativa definición del “fenómeno guerra” como un acto más de cultura.¹³

Naturalmente, una de las consecuencias de este giro cultural acarreó la diversificación de las fuentes (propaganda de guerra, expresiones de opinión pública, arte en todas sus formas), de los objetivos (historia de las representaciones, problematización de valores como la gloria o el honor) y de los conceptos (patria, pueblo, libertad, héroe, víctima).

Por último podría sumarse al giro cultural una suerte de giro psicologista, visible por ejemplo, en algunas obras del célebre Yuval Noah Harari en las que se propuso transitar de la experiencia de la guerra a la construcción cultural (individual y colectiva) de la guerra como experiencia, es decir, las formas de “revelación” en que los involucrados pudieron referir sus haberes.¹⁴ Así se puede historiar, por ejemplo, el papel del sufrimiento, el dolor, el miedo o el gozo en la autopercepción del individuo y en la configuración de sus relatos y de las identidades individuales y colectivas.

Confío en que, a pesar de lo excesivamente esquemático y quizá artificialmente secuencial, este recuento haya logrado mostrar la riqueza y variedad de esta fértil matriz historiográfica cuyas posibilidades siguen en permanente reflexión y experimentación.

¹³ Eduardo González Calleja, “La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español”, *Historia Social*, Fundación Instituto de Historia Social/Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, n. 61, 2008, p. 71.

¹⁴ Yuval Noah Harari, *The Ultimate Experience. Battlefield Revelations and the Making of Modern War Culture, 1450-2000*, Londres, Palgrave Macmillan, 2008.

BALANCE Y POSIBILIDADES

Para redondear este ejercicio de síntesis he creído útil englobar cinco grandes ámbitos en los que es posible identificar tanto un conjunto de problemas históricos concretos como algunos de los acercamientos y resultados historiográficos que los han estudiado en el mundo hispanoamericano y en la Nueva España en particular.

Las fuerzas armadas como sujeto histórico y como objeto de estudio

Una de las vías más evidentes para el estudio de la sociedad en guerra reside en sus protagonistas colectivos, pero la complejidad que entrañan las muy diversas fuerzas de guerra produce que la perspectiva con que se les analiza pueda proyectar, a su vez, objetos diametralmente distintos. Así, desde la historia política, la historia jurídica, la historia cultural o la historia social se obtienen visiones muy distintas, y las más de las veces complementarias, sobre los cuerpos militares y milicianos del mundo colonial de la América española. Mientras que el estudio de los reglamentos y la jerarquía militares y milicianos podría ofrecer un panorama excesivamente rígido de la estructura de los cuerpos armados, y su análisis específicamente militar podría desarticular ese ámbito de su contexto histórico, los acercamientos de corte político, social y cultural han buscado modelar en las fuerzas armadas un problema de mayor complejidad y dinamismo.

Primero comenzaron a estudiarse aspectos relacionados con la composición, los perfiles y los orígenes de los ejércitos americanos en un ámbito que tenía evidentes deudas con la sociología militar y del cual, trabajos de autores como Juan Marchena, Santiago Gerardo Suárez o Josefa Vega dan cuenta.¹⁵ Tiempo después se profundizó en temas como el comportamiento, la actuación, las prácticas, los

¹⁵ Juan Marchena Fernández, *Oficiales y soldados en el ejército de América*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1983; Santiago Gerardo Suárez, *Las milicias: instituciones militares hispanoamericanas*, Caracas, Academia Nacional de la Historia,

códigos y las identidades de los grupos relacionados con las fuerzas armadas hispanoamericanas en general y novohispanas en particular. Estas inquietudes se hicieron más visibles en estudios de caso referentes a corporaciones armadas puntuales como las milicias veracruzanas de pardos estudiadas por Abel Juárez, Juan Manuel de la Serna y más ampliamente Ben Vinson III o las dificultades desatadas en el territorio californiano analizadas por Carlos López Urrutia.¹⁶ Aportaciones de esta naturaleza vinieron a poner en evidencia no sólo las intenciones político-militares en la activación de estos cuerpos sino más aún los intereses y la participación concreta de los sujetos involucrados y su papel en el orden interior de las villas. Es decir, a partir de las milicias, estos y otros autores han arrojado luz sobre problemas regionales, culturales y sociales de la Nueva España dieciochesca que enriquecen e incluso trascienden el debate de la eficacia o el fracaso del reformismo borbónico.

Intereses semejantes por evaluar la operatividad y las implicaciones de corporaciones particulares son visibles en trabajos como el de Raquel Güereca acerca de los indios flecheros (notable no sólo por su claridad expositiva sino por su amplitud regional y cronológica y su vinculación con el mundo jurídico que dio sustento a estos cuerpos) o el de Juan José Benavides concernientes a los milicianos potosinos.¹⁷ Ambos libros, por cierto, nacieron como tesis de grado, medio que ha resultado prolífico en este rubro. Lo anterior

1984; Josefa Vega Juanino, *La institución militar en Michoacán en el último cuarto del siglo XVIII*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán, 1986.

¹⁶ Abel Juárez Martínez, “Las milicias de lanceros pardos en la región sotaventina durante los últimos años de la colonia”, en *Fuerzas militares en Iberoamérica, siglos XVIII y XIX*, Juan Ortiz Escamilla (coord.), México, El Colegio de México/El Colegio de Michoacán/Universidad Veracruzana, 2005, p. 75-92; Juan Manuel de la Serna H., “Integración e identidad, pardos y morenos en las milicias y cuerpo de lanceros de Veracruz en el siglo XVIII”, en *Fuerzas militares en Iberoamérica, siglos XVIII y XIX*, Juan Ortiz Escamilla (coord.), México, El Colegio de México/El Colegio de Michoacán/Universidad Veracruzana, 2005, p. 61-74; Ben Vinson III, *Bearing Arms for His Majesty. The Free-Colored Militia in Colonial Mexico*, Stanford, Stanford University Press, 2001; Carlos López Urrutia, *El real ejército de California*, Madrid, Medusa, 2000.

¹⁷ Raquel E. Güereca, *Milicias indígenas. Reflexiones del derecho indiano sobre los derechos de guerra*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2016; Juan José Benavides Martínez, *De milicianos del rey a soldados mexicanos. Milicias y sociedad en San Luis Potosí (1767-1824)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Universidad de Sevilla, 2014.

es evidente en investigaciones tan útiles como la de Luis Ángel Flores en torno a los Dragones de México, la de Ana Lilia Pérez sobre la milicia urbana de la ciudad de México o la de Óscar Rodríguez relativa a las milicias de pardos libres de Campeche.¹⁸

Como éstos y muchos otros estudios muestran, la riqueza del análisis de las fuerzas armadas permite interesantes acercamientos a la sociedad que las produce y no necesaria o exclusivamente en un entorno de guerra. De ahí que esta vertiente pueda diferenciarse del estudio de la guerra en sí misma —o de la sociedad en guerra— para enfocarse más bien en el examen (social o cultural) de las muy diversas corporaciones militares y milicianas en la guerra o, incluso, en tiempos de “paz”. De este modo, no sólo es posible problematizar las etapas que historiográficamente han sido (des) calificadas como de “paz”, sino que también se colocan en la mira el trasfondo y las condiciones culturales en que se generaron los diferentes modelos de orden social que legitiman y autorizan la estructuración e incidencia de los agentes responsables de la “defensa” o la “seguridad”.¹⁹ Esta perspectiva produce, entre otros efectos, la caracterización de ejércitos y milicias como maquinarias sociales y socializadoras movilizadas por un conjunto de valores siempre históricos, siempre cambiantes, siempre explicables a la luz de su contexto cultural.

Y así como a este primer campo podrían agregarse otras tendencias como las biografías de “militares”,²⁰ también es posible apuntar tareas pendientes como el análisis sistemático del reclutamiento de

¹⁸ Luis Ángel Flores Monzón, “Defensa, protección y seguridad. El Regimiento de Dragones de México dentro del aparato defensivo de la Nueva España, 1762-1810”, tesis de licenciatura, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2018; Ana Lilia Pérez Márquez, “Milicia urbana: los patriotas voluntarios distinguidos de Fernando VII de la ciudad de México (1808-1820)”, tesis de licenciatura, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2004; Óscar Rodríguez Galicia, “Milicias regladas de tiradores pardos libres en Campeche (1778-1822)”, tesis de maestría, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2015.

¹⁹ Kühne y Ziemann, “La renovación de la Historia Militar...”, p. 341.

²⁰ Por ejemplo, Rafael D. García Pérez, *Reforma y resistencia. Manuel de Flon y la intendencia de Puebla*, México, Porrúa, 2000; Juan Ortiz Escamilla, *Calleja: guerra, botín y fortuna*, México, Universidad Veracruzana/El Colegio de Michoacán, 2017; o los estudios reunidos por Jaime Olveda en *Los comandantes realistas y la guerra de independencia*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2011.

las distintas fuerzas armadas novohispanas y sus correspondientes mecanismos de resistencia (deserción, motín) y de represión, fenómenos todos de extrema relevancia y amplia significación histórica.

Experiencias de guerra

Pareciera un ámbito reservado exclusivamente a la historia militar tradicional, pero en realidad el entendimiento de la victoria o de la derrota va más allá de lo operacional (sin decir por ello que podemos prescindir del rigor de la historiografía militar). Como sugiere Clément Thibaud, toda guerra, campaña o batalla es el resultado (y la causa) de un complejo cambio de relaciones entre la sociedad, la política y las fuerzas de guerra. El desafío consiste, en consecuencia, en explicitar el vínculo existente entre la gran estrategia, la sociología militar y las transformaciones políticas, jurídicas, culturales y sociales justamente a través del estudio de las experiencias de guerra.²¹

Notables ejemplos de lo mucho que puede decirse de una sociedad atravesada por distintos modos del ejercicio de la violencia armada y diversas formas de guerra son la investigación de Felipe Castro sobre la represión ejercida contra las rebeliones novohispanas de 1767 o las propuestas de Matthew Restall para el proceso de conquista (en tanto guerra).²² Precisamente con relación a este último aspecto, ha sido analizada con perspectivas sumamente sugerentes la intensa actividad organizada y armada de grupos indígenas en el complejo y dilatado proceso de violenta imposición del orden colonial.²³ Para finales del siglo XVIII y sobre todo las revoluciones independentistas contamos con un conjunto de experiencias de

²¹ Clément Thibaud, *Repúblicas en armas: los ejércitos bolivarianos en la guerra de independencia en Colombia y Venezuela*, Bogotá, Institut français d'études andines/Planea, 2003, p. 24.

²² Felipe Castro Gutiérrez, *Nueva ley y nuevo rey. Reformas borbónicas y rebelión popular en Nueva España*, Zamora/México, El Colegio de Michoacán/Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996; Matthew Restall, *Los siete mitos de la conquista española*, Marta Pino Moreno (trad.), México, Paidós, 2005.

²³ *Indian Conquistadors. Indigenous Allies in the Conquest of Mesoamerica*, Laura E. Matthew y Michel R. Oudijk (eds.), Norman, University of Oklahoma Press, 2007.

guerra que poco a poco han comenzado a ser desentrañadas en beneficio de comprensiones mucho más integradoras y contextualizadas. Experiencias que van de los acantonamientos de Xalapa a la batalla de Puente de Calderón, para la Nueva España, y del sitio de Puno a la batalla de Huaqui o a la campaña de la Nueva Granada, para el mundo sudamericano, han sido revisitadas con miradas frescas preocupadas por ofrecer relatos ágiles y abiertos.²⁴

Un ámbito particularmente prolífico en este campo es el de los “estudios de frontera”.²⁵ Historiadores como Cecilia Sheridan, José Alfredo Rangel o Sara Ortelli han puesto énfasis en el permanente estado de guerra que supuso la expansión septentrional novohispana y las formas de sociabilidad que se construyeron en el ínterin.²⁶ Ahí la guerra figura como forma de vida que estructuró espacios de colonización y como ámbito que modeló discursos, construyó enemigos y articuló privilegios. Es importante señalar, en este sentido, que la historiografía anglosajona se ha preocupado desde hace décadas por ofrecer miradas cada vez más sofisticadas y más plurales sobre el papel de la guerra y la violencia en la estructuración del septentrión.²⁷

²⁴ Adriana Fernanda Rivas de la Chica, “El cantón de Xalapa: Milicia y política defensiva en Veracruz, 1797-1810”, tesis de doctorado, Universidad Nacional Autónoma de México, 2020; María del Carmen Vázquez Mantecón, *Puente de Calderón: las versiones de un célebre combate*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2010; Juan Ortiz Escamilla, *Guerra y Gobierno. Los pueblos y la independencia de México*, 2a ed., México, El Colegio de México/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2014; Sergio Serulnikov, “Del asedio al Cusco a la toma de Puno. Transformaciones de la experiencia bélica durante la sublevación tupamarista” en *Guerras de la historia argentina*, Federico Lorenz, (comp.), Buenos Aires, Ariel, 2015, p. 69-90; Alejandro M. Rabinovich, *Anatomía del Pánico. La batalla de Huaqui o la derrota de la revolución (1811)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2017; Daniel Gutiérrez Ardila, *1819: campaña de la Nueva Granada*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2019; Isidro Vanegas, *Las batallas de Boyacá. Hombres, mujeres, experiencias*, Tunja, Ediciones Plural, 2019.

²⁵ Véase, en este libro, el capítulo de Diana Roselly Pérez Gerardo, “Releer el pasado colonial desde los márgenes. Perspectivas sobre la frontera en América Latina”.

²⁶ Cecilia Sheridan Prieto, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*, México, Centro de Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2015; José Alfredo Rangel Silva, *Capitanes a guerra, linajes de frontera: ascenso y consolidación de las elites en el oriente de San Luis Potosí, 1617-1823*, México, El Colegio de México, 2008; Sara Ortelli, *Trama de una guerra conveniente. Nueva Vizcaya y la sombra de los apaches (1748-1790)*, México, El Colegio de México, 2007.

²⁷ Por sólo mencionar algunos ejemplos, contamos con las importantes ediciones documentales de la Universidad de Arizona *The Presidio and Militia on the Northern*

En conjunto, considero que el corazón de este campo de estudio pasa por la recuperación de ángulos y voces. Las experiencias de guerra recobran importancia entonces en la medida en que fueron vividas por individuos concretos cuyas historias permiten explicitar contextos culturales, entramados sociales y engranajes políticos. Cabe agregar que así como las experiencias de guerra son susceptibles de ser historizadas a partir de esta recuperación de perspectivas, otro tanto podría ensayarse con respecto a la finalización (a veces aparente) de dichos conflictos. Es decir, así como se puede problematizar la guerra otro tanto se puede hacer con la “paz”, no únicamente en términos de su conceptualización (cultural y política) sino de su instrumentación, de los impulsos por perpetuarla y de su eventual fracaso.²⁸

Cultura (política) de guerra

Los fenómenos que de muy diversos modos vinculan la política y las estructuras gubernamentales con la organización para la guerra y el diseño de las fuerzas armadas cuentan, para el mundo hispánico, con una historiografía más añeja. Particularmente para el ámbito novohispano ya desde 1950, María del Carmen Velázquez había abierto brecha sobre los proyectos, los protagonistas y las dificultades que, a lo largo de la segunda mitad del XVIII experimentó la Nueva España para la estructuración de las fuerzas armadas regulares y

Frontier of New Spain. A Documentary History publicados entre 1986 y 1997; los trabajos relacionados con la llamada “guerra chichimeca” como el influyente de Philip W. Powell, *La Guerra Chichimeca, 1550-1600*, Juan José Utrilla (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1977; o los novedosos acercamientos sobre los conflictos desatados con los grupos conocidos en su tiempo con la denominación de “apaches”, como Matthew Babcock, *Apache Adaptation to Hispanic Rule*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016; Lance R. Blyth, *Chiricahua and Janos. Communities of Violence in the Southwestern Borderlands, 1680-1880*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2012; o Mark Santiago, *A Bad Peace and a Good War. Spain and the Mescalero Apache Uprising of 1795-1799*, Norman, University of Oklahoma Press, 2018.

²⁸ Experimentos muy sugerentes al respecto se muestran en el libro colectivo *Paz en la república: Colombia, siglo XIX*, Carlos Camacho, Margarita Garrido y Daniel Gutiérrez (eds.), Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2018.

milicianas.²⁹ Su notable esfuerzo archivístico fue pionero en la comprensión de las vicisitudes que, en relación con los cuerpos armados, pasaron los once virreyes que rigieron la Nueva España entre 1760 y 1808. Unos pocos años después, Lyle McAlister puso sobre la mesa, a través del ineludible tópico del fuero, un conjunto de problemas relativos al uso de los privilegios militares y la promoción de intereses personales en la construcción de una nueva elite.³⁰ Luego Christon Archer llegó para convertirse en la referencia obligada para explicar que los proyectos borbónicos se estrellaron de maneras diversas y casi siempre penosas con la realidad novohispana.³¹ Archer analizó para la Nueva España lo que exactamente en los mismos años estaba estudiando Allan Kuethe para la Nueva Granada y Leon Campbell para el Perú,³² a saber: la tortuosa implementación de los proyectos defensivos, la americanización de las fuerzas armadas, el desequilibrio que generó la primacía militar en los otros órdenes (político, administrativo e incluso eclesiástico); la correspondencia y el vínculo de los proyectos militares y milicianos con las reformas fiscales y, en fin, la institución militar como una ventana al entramado institucional, político y sobre todo social del mundo hispanoamericano. De manera paralela habría que ubicar los seminales trabajos de Tulio Halperin sobre la militarización rioplatense, continuados de muchos modos por referentes imprescindibles como Juan Carlos Garavaglia y Raúl Fradkin.³³

²⁹ María del Carmen Velázquez, *El estado de guerra en Nueva España, 1760-1808*, 2a. ed., México, El Colegio de México, 1997.

³⁰ Lyle N. McAlister, *El fuero militar en la Nueva España (1764-1800)*, José Luis Sobranes (trad.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982.

³¹ Christon I. Archer, *El ejército en el México borbónico, 1760-1810*, Carlos Valdés (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

³² Allan J. Kuethe, *Reforma militar y sociedad en la Nueva Granada, 1773-1808*, Stella de Feferbaum (trad.), Bogotá, Banco de la República, 1993; Leon G. Campbell, *The military and society in Colonial Peru, 1750-1810*, Philadelphia, The American Philosophical Society, 1978.

³³ Baste con señalar de Tulio Halperin Donghi, “Revolutionary Militarization in Buenos Aires 1806-1815”, *Past & Present*, Oxford University Press, Oxford, v. 40, n. 1, julio de 1968, p. 84-107, y su fundacional *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972. De Raúl O. Fradkin, “Las formas de hacer la guerra en el litoral rioplatense”, en *La historia económica y los procesos de independencia en la América hispana*, Susana Bandieri (comp.), Buenos Aires, Asociación Argentina de Historia Económica/Prometeo Libros, 2010 y *La historia de una montonera. Bandolerismo y*

En ese marco se fue gestando el estudio de un conjunto de fenómenos históricos relacionados con la guerra y con las fuerzas armadas a partir de herramientas y presupuestos provenientes del campo de la cultura política (tan renovado para el caso de las independencias desde la década de los 1990) y que colocaron en el centro del análisis a las prácticas y a las representaciones. En este sentido, entre algunos de los tópicos que, me parece, se encuentran en pleno desarrollo cabe destacar:

- a. La creación acelerada y radical de identidades a partir de la guerra o, lo que es lo mismo, la guerra como definidora y catalizadora de grupos e imágenes sociales.
- b. La incidencia de la discusión política en el interior de las corporaciones armadas o la politización de las fuerzas. En otras palabras, la dimensión política del mundo armado y la dimensión armada de la política, engarzadas a partir de perspectivas que no son ni puramente políticas ni propiamente militares. El papel de los individuos y los colectivos armados como *agentes* (muchas veces condicionantes) de un orden político particular (problema de sustancial importancia para la comprensión del advenimiento de la modernidad política). Aquí cabe destacar fenómenos medulares como la construcción de liderazgos y de legitimidades a partir de las políticas militares y las movilizaciones armadas, es decir, la configuración de tipos peculiares de autoridad a partir de prácticas, experiencias y discursos relacionados con el uso de las armas y de la violencia.³⁴
- c. En correspondencia con ello, la arquitectura del poder, el diseño jurisdiccional de las regiones pero desde un ángulo

caudillismo en Buenos Aires, 1826, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006. De Juan Carlos Garavaglia, "Ejército y milicia: los campesinos bonaerenses y el peso de las exigencias militares, 1810-1860", *Anuario del Instituto de Estudios Histórico Sociales*, Instituto de Estudios Histórico-Sociales "Prof. Juan Carlos Grosso", Buenos Aires, n. 18, 2003, p. 153-187.

³⁴ Las propuestas de José Javier Ruíz Ibáñez abundan en este aspecto y parte de sus frutos pueden verse en los estudios que coordinó en *Las milicias del rey de España. Sociedad, política e identidad en las Monarquías Ibéricas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica/Red Columnaria, 2009.

muy concreto y no únicamente proporcionado por los debates políticos sino por las prácticas asociativas de las comunidades movilizadas.

- d. La militarización de la sociedad en sus distintas acepciones a partir, por ejemplo, de metodologías desarrolladas para el estudio de las tasas de movilización militar en proporción al estimado de varones adultos en una sociedad y en un momento determinados. Todo ello con el objetivo de medir y entender el peso del reclutamiento sobre la sociedad como sustracción de fuerza productiva; y, a partir de ahí, el impacto social de la guerra y de las fuerzas armadas en una comunidad o un conjunto de comunidades concretas.³⁵

Movilización de recursos (fiscales y humanos)

Es bien sabido que cada contexto histórico revela aparatos estatales distintos y materializaciones diversas de sus prioridades. Como ha planteado con claridad Rafael Torres Sánchez: cómo la sociedad y sus agentes públicos y privados respondieron en un contexto determinado al reto de movilizar recursos para la actividad militar; nos lleva a averiguar en su materialidad y en su día a día el funcionamiento concreto, local y conectado de los imperios o, dicho de otro modo, a descubrir a través de la vía fiscal la dimensión social y cotidiana de los imperios.³⁶ Desde esta mirada, la guerra es vista no sólo como

³⁵ Alejandro Rabinovich, “La militarización del Río de la Plata, 1810-1820. Elementos cuantitativos y conceptuales para un análisis”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”/Univeridad de Buenos Aires/(Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina, Buenos Aires, tercera serie, n. 37, segundo semestre 2012, p. 11-42. Interesantes aproximaciones regionales en el escenario de la revolución novohispana son las de Anaximandro Pérez Espinoza, “Contrainsurgencia en el sur y rumbo de Acapulco (1814-1820)”, tesis de maestría, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2018 y Joaquín Edgardo Espinosa Aguirre, “Defensa y militarización contrainsurgente en la comandancia de Guanajuato (1813-1816)”, tesis de maestría, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2018.

³⁶ Se trata del objetivo establecido por la Red Imperial-Contractor State Group, coordinada por Torres Sánchez. Véase el portal <https://www.unav.edu/web/contractor-state-group>

fuente de problemas sino también de riquezas; así, se convierte en un puente en permanente tensión entre dos polos: la coerción y la eficacia.

En este sentido, los estudios se han diversificado para ocuparse ya no del desempeño económico sino de la hacienda misma y de sus mecanismos y agentes.³⁷ Así, los problemas relacionados con la recaudación, la gestión del ingreso y, más recientemente, la gestión del gasto han mostrado sus virtudes pero aún tienen mucho que aportar a la explicación del sostenimiento de las fuerzas armadas. Ernest Sánchez Santiró y Luis Jáuregui, por ejemplo, ya han dado pasos significativos en el estudio de la fiscalidad de guerra para el tiempo de la revolución novohispana.³⁸

Las complejas conexiones entre las estructuras estatales y la guerra han sido profusamente analizadas para el siglo XVIII hispánico.³⁹ Los problemas de logística, intendencia, abasto, distribución y, en suma, movilización de recursos para la guerra (construcción naval, insumos diversos, armamento, etcétera) mucho revelan sobre el mundo de contratistas, asentistas y beneficiarios y de los muchos compromisos del estado con las elites regionales. En este marco sería posible profundizar el análisis de las tensiones suscitadas entre las instancias involucradas en el sostenimiento de los ejércitos (ayuntamien-

³⁷ Véase el capítulo de Ernest Sánchez Santiró. “Nuevas preguntas, problemas y enfoques en torno al estudio de los erarios regios indianos. El caso de Nueva España”.

³⁸ Ernest Sánchez Santiró, *La imperiosa necesidad: crisis y colapso del Erario de Nueva España (1808-1821)*, México/Michoacán, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/El Colegio de Michoacán, 2016; Luis Jáuregui, “La economía de la guerra de Independencia y la fiscalidad de las primeras décadas del México independiente”, en *Historia económica general de México. De la colonia a nuestros días*, Sandra Kuntz Ficker (coord.), México, El Colegio de México/Secretaría de Economía, 2010, p. 245-274.

³⁹ La vasta producción vinculada a la Red Imperial-Contractor State Group dirigida por Rafael Torres Sánchez da cuenta de una amplísima gama de fenómenos relacionados con la movilización de recursos para la guerra. De entre las muy variadas y ricas publicaciones de sus miembros puede verse, por ejemplo, *Entre lo legal, lo ilícito y lo clandestino. Prácticas comerciales y navegación en el Gran Caribe, siglos XVII al XIX*, Johanna von Grafenstein, Rafal Reichert y Julio César Rodríguez Treviño (coords.), México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2018; el número monográfico “Las estrategias defensivas del Imperio hispánico en el siglo XVIII. El precio de la seguridad” coordinado por Sergio Solbes Ferri y Luis Fernando Fé Cantó para la revista *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, n. 16, 2016; o *El gasto público en los imperios, siglo XVIII*, Ernest Sánchez Santiró (ed.), México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2015.

tos, consulados, pueblos de indios); en el estudio de la articulación de mercados en torno a acantonamientos o movilizaciones e incluso en el análisis de dietas y consumos alimenticios. Otro tanto podría decirse sobre sueldos, pensiones, inválidos y montepíos.

En definitiva, los estudios de la guerra pueden elegir no analizar la movilización de recursos, lo que no se debe es ignorarla tanto como realidad histórica condicionante de la guerra cuanto como veta de análisis.

Violencia, enfermedad y muerte

No ha resultado unívoco o transparente el estudio de la violencia y de la muerte en la guerra considerada en su dimensión social y cultural. La historiografía ha oscilado entre la omisión y la exageración y no ha quedado del todo claro si estos fenómenos deben ser obviados, naturalizados o enfatizados en los relatos.

Especialistas como Stathis Kalyvas han mostrado la utilidad del empleo sistemático de herramientas antropológicas para el estudio de la violencia en las guerras civiles. Así podrían evitarse ciertas confusiones generadas por el indiscriminado uso del término violencia lo mismo para un conflicto, que para una revolución o una guerra. Como recuerda Kalyvas, pensando en las guerras civiles, las causas de la violencia en la guerra no son las causas de ésta: una teoría de la guerra no puede ser una teoría de la violencia en la guerra y viceversa. Es decir, en toda guerra hay violencia, pero son dos fenómenos distintos. Un análisis mucho más riguroso de la violencia como recurso, podría diferenciar sus distintos usos: intimidación, desmoralización, polarización, demostración, radicalización, publicidad, mejora de la moral, aplicación/destrucción del control, movilización de fuerzas y recursos, financiación, eliminación de fuerzas opositoras, castigo, provocación, represión, etcétera.⁴⁰

Lamentablemente contamos todavía con muy pocas incursiones historiográficas en el estudio de la violencia, por ejemplo, para la

⁴⁰ Stathis N. Kalyvas, *La lógica de la violencia en la guerra civil*, Pedro A. Piedras Monroy (trad.), Madrid, Akal, 2010.

guerra de independencia, como los que ha publicado Marco Antonio Landavazo.⁴¹ Ahí ha sido posible observar la instrumentalización del odio, las distintas materializaciones de la violencia y las amplísimas motivaciones que la engendran, todo ello en un contexto tan polarizado como el de la revolución independentista de la Nueva España. En definitiva se impone un análisis no sólo de los marcos regulatorios de la violencia, sino también de las condiciones de su reproducción social en un contexto histórico determinado.⁴²

Con respecto a la enfermedad en tiempos de guerra está casi todo por hacer y no es un asunto menor. Si para la guerra de 1847 había siete veces más muertos por enfermedades (malaria, viruela, cólera, fiebre amarilla, diarrea, disentería) que por batalla,⁴³ cabe proyectar proporciones mayores para los conflictos del tiempo colonial. Para la guerra de independencia se tiene mejor estudiado el episodio de las “fiebres misteriosas” o tifo de 1813 y 1814,⁴⁴ pero en suma es muy difícil atribuir un porcentaje cierto de muertes por enfermedad a las más de 300 mil que dejó la década revolucionaria. Y de esas muertes nada gloriosas, desesperantes, desmoralizantes, muy poco se ha dicho.⁴⁵

⁴¹ “Caras de la violencia rebelde en la independencia de México”, en *Guerra, política y cultura en las independencias hispanoamericanas*, Marco Antonio Landavazo y Moisés Guzmán Pérez (coords.), Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/El Colegio de Jalisco, 2013, p. 239-265; Marco Antonio Landavazo, “El asesinato de gachupines en la independencia de México”, *Mexican Studies/Estudios mexicanos*, Universidad de California en Irvine, Irvine, v. 23, n. 2, verano 2007, p. 253-282; “Para una historia social de la violencia insurgente: el odio al gachupín”, *Historia Mexicana*, El Colegio de México, México, v. 59, n. 1, julio-septiembre de 2009, p. 195-225.

⁴² Kühne y Ziemann, “La renovación de la Historia Militar...”, p. 345-346.

⁴³ Guardino, *La marcha fúnebre...*, p. 144-145.

⁴⁴ Uno de los análisis más recientes es el de María del Carmen Sánchez Uriarte, “Entre la salud pública y la salvaguarda del reino. Las fiebres misteriosas de 1813 y la guerra de independencia en la Intendencia de México”, en *El miedo a morir. Epidemias, endemias y pandemias en México: análisis de larga duración*, América Molina del Villar, Lourdes Márquez Morfín y Claudia Patricia Pardo Hernández (eds.), México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Instituto Dr. José María Luis Mora/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2013, p. 51-74.

⁴⁵ Ensayé un acercamiento a estos problemas de la guerra de independencia en “Guerra, epidemia, muerte e independencia. Violencia y mortandad durante la revolución de Nueva España” en *La Muerte en la Historia de México*, Javier Garciadiego (coord.), México, El Colegio Nacional, en prensa.

Reflexiones finales

Este apretado y por momentos fragmentario resumen pretendía principalmente propiciar la visibilización de un conjunto de problemas históricos e historiables a partir de un crisol determinado de perspectivas historiográficas e incluso metodológicas. Por otra parte, se buscaba mostrar (sin ningún afán de exhaustividad) algunos de los trabajos que, relacionados con estas propuestas, han estudiado la guerra y las fuerzas armadas de la Nueva España.⁴⁶

De muchos modos, los impulsos que articulan las muy variadas perspectivas de lo que podríamos englobar en la categoría de historia social y cultural de la guerra y de las fuerzas armadas tienen que ver con la necesidad de recuperar al individuo y sus experiencias de guerra. Así como de restituir la heterogeneidad de los combatientes y sus entornos; diversificar y complejizar los niveles de conflicto en sus dimensiones propiamente sociales; y evidenciar las correspondencias que la guerra crea entre comunidades, grupos e individuos. Eso es la sociedad en guerra.

Lo anterior no quiere decir que sea el único camino o que dicha perspectiva esté exenta de dificultades y riesgos. Las muchas pretensiones o la ambición desmedida de los objetivos con frecuencia producen inferencias débilmente fundamentadas, vicios metodológicos o falta de rigor y sistematicidad. No obstante, este conjunto de enfoques tan conscientes de las implicaciones sociales y de la diversidad cultural de los conflictos armados terminan por disolver las nocivas explicaciones monocausales, lineales y fatalistas o teleológicas que suelen rondar los relatos de guerra.

Por todo lo aquí referido, es posible vislumbrar cuando menos tres ámbitos en los que la historia social y cultural de la guerra está

⁴⁶ Por su utilidad, no quiero dejar de referir un reciente artículo de Antonio Jiménez Estrella que concentra y comenta la explosión de estudios relacionados con la historia militar española particularmente dedicada a los siglos XVI a XVIII y que da cuenta al lector de un nutrido estado de la cuestión para el ámbito español y de sus muchos vínculos y posibilidades con lo aquí planteado: “La historiografía militar sobre la España moderna en los últimos años”, en *II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Moderna. Líneas recientes de investigación en historia moderna*, Madrid, Universidad Rey Juan Carlos, 2015, p. 13-48.

llamada a aportar y desarrollarse con provecho para el estudio de la Nueva España. Éstos son la problematización de la incidencia de las diversas formas de violencia en la construcción de la sociedad colonial; la identificación y el estudio de ciclos de movilización y procesos de guerra que contribuyan a dibujar imágenes más complejas de lo que ocurre (en términos de conflictos, e incluso de construcción de identidades) entre los dos hitos que sí se conceptúan historiográficamente como guerras —“Conquista” e “Independencia”—; y por último, la sistematización de nuestro conocimiento sobre las muy variadas corporaciones armadas que afloraron a lo largo de tres siglos no tanto o no sólo para buscar los mecanismos de coacción o para entender las políticas militares o defensivas que la metrópoli proyectó, sino para entender a través de esos laboratorios al mundo social que los produjo y sus graduales transformaciones. Mucho queda por hacer.

